Apología — selecciones — 72-78
Robert Barclay 1678
servicio y uso de las escrituras

IV. Ninguna regla puede ser la única, principal y equitativa[1] regla si no se extiende universalmente a todo individuo que la necesita para producir el efecto necesario, o si muchos son excluidos del uso de esa regla, ya sea del todo o a lo menos en lo inmediato, excluidos a causa de un defecto inocente y natural o por una imperfección inofensiva e inocua, si por tales causas se excluyen personas que son participantes en la iglesia visible, a quienes no sería absurdo considerarlas entre los elegidos, es más, sería bien probable. Pero tocante las Escrituras, a menudo resulta que los sordos, los niños, y los idiotas[2] de ninguna manera pueden recibir los beneficios de las Escrituras. ¿Debemos concluir entonces que tales personas carecen de regla alguna que los dirige hacia Dios, o que todos son condenados? Tal opinión es muy absurda en sí, e inconsistente con la justicia y la misericordia de Dios; no conozco ninguna razón que pueda justificarla. Ahora bien, si podemos suponer que algunas personas de ese tipo están bajo la dispensación del Nuevo Pacto (y estoy seguro que nadie dirá que tal suposición es absurda), entonces no podemos suponer que carecen de alguna regla o medio de conocimiento, porque se afirma claramente: "serán todos enseñados por Dios" (Juan 6:45). "Todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos" (Hebreos 8:11).[3] También, aunque pudiéramos eliminar esta dificultad, ¿cuántas buenas personas analfabetas hay en la iglesia de Dios, que no pueden leer ni una letra en su lengua materna? Aunque esta carencia sea inconveniente, no sé si podemos afirmar con seguridad que es pecaminosa. Estas personas no pueden conocer directamente la regla de su fe; su fe tiene que depender de su confianza en otros que les leen o narran; en este caso si se cambia, o se añade, o se omite una pequeña palabra, tal cambio puede cimentar en el pobre oidor un error muy peligroso que le hace continuar en iniquidad por ignorancia, o creer confiado en una mentira. Por ejemplo, los papistas en todos sus catecismos, en todas sus enseñanzas al pueblo,[4] se han atrevido a acortar el segundo mandamiento que tan claramente parece atacar su adoración y uso de imágenes;[5] a muchas de estas personas en las

---

[1] del latín *adæquata*
[2] La palabra *idiot* que Barclay usa suena muy ofensiva en el oído moderno tanto en inglés como en español, pero usar un eufemismo moderno como "retrasado" sería anacronista.
[3] Parte de una cita en Hebreos de Jeremías 31:31-34
[4] Aquí seguimos el latín, que está mucho más claro que el inglés: *in Catechisimis suis & publicis plebis instructionibus.*
[5] Éxodo 20:1-17 (y Deuteronomio 5:6-21) nos da el texto de los diez mandamientos, pero no indica cómo se deben numerar. Los católicos, protestantes, y judíos usan tres numeraciones diferentes,

que esta omisión fomenta una falsa opinión, les es imposible, o por lo menos muy difícil, informarse exteriormente de este abuso.

Sigamos adelante: supongamos que todos pueden leer las Escrituras en su propio idioma, pero ¿en qué país puede encontrarse entre mil personas uno que conoce a fondo los idiomas originales en que las Escrituras fueron escritas, para que en ese respecto reciba su beneficio sin intermediario? ¿No es cierto que todos tendrán que depender de la honestidad y fidelidad de los traductores? En las muchas enmiendas y rectificaciones, en los muchos intentos que se han hecho entre los Protestantes, se ve muy claro cuán incierto cimiento para la fe es la traducción. Los más recientes siempre censuran y corrigen a los anteriores como culpables de defectos y errores. Muchos eruditos admiten que las más recientes traducciones al inglés necesitan corregirse (cosa que pudiera con facilidad probar ampliamente, si fuera apropiado a esta obra). La dificultad no es menor para expertos en los idiomas originales, porque no pueden captar el pensamiento de los autores de estos escritos con bastante inmediatez para que su fe no dependa, por lo menos oblicuamente, de la honestidad y credibilidad de los transcriptores que hicieron las copias, porque todos reconocen que los manuscritos originales ya no existen.

En su día Jerónimo se quejó de los transcriptores diciendo "no escribían lo que encontraban, sino lo que entendían." Epifanio dice que en las copias buenas y correctas de Lucas está escrito que Cristo lloró, y que Ireneo lo cita, pero que los católicos lo omitieron por temor de que los herejes abusarían de eso.[6] Otros padres declaran que se omitieron versos completos de Marcos, a causa de los maniqueos….

Sólo por medio de la claridad que el Espíritu nos da, podemos eliminar lo mejor posible las dificultades que se nos presentan tocante las Escrituras. Yo mismo soy testigo de la real e indudable experiencia de esto, con mucha admiración del amor de Dios para con sus hijos en estos últimos días. Conozco algunos amigos míos que profesan la misma fe que yo, sirvientes fieles del Altísimo Dios, llenos del conocimiento divino de su Verdad que el Espíritu les reveló directamente e interiormente, de experiencia verdadera y viviente, ignorantes del griego y el hebreo, y en algunos casos analfabetos en su propio idioma. Cuando los adversarios les acosaban con unas citas de la traducción al

---

aunque todos llegan al total de diez. Los católicos y judíos consideran v. 3 & 4 como un sólo mandamiento, mientras los protestantes los consideran 2 mandamientos distintos. Los judíos consideran v. 2 como el primer mandamiento; los católicos y protestantes no lo cuentan como un mandamiento independiente. En v. 17, los católicos consideran la prohibición de la codicia de la esposa del prójimo como un mandamiento independiente de la prohibición de la codicia de otras cosas; los protestantes y los judíos cuentan todo este versículo como un sólo mandamiento.

[6] Jerónimo, epist. 28 ad Lucin. p. 247. Epifanio, in Anchor. Tom. 2. oper. RB

inglés, estos amigos sintieron que tales citas no concordaban con la revelación de la Verdad en sus corazones, y afirmaron audaces que el Espíritu de Dios nunca dijo tal cosa, y que de cierto era error, porque no creían que ninguno de los santos profetas y apóstoles lo hubieran escrito. Cuando lo examiné con esmero, descubrí que estas citas sí eran errores y corrupciones de los traductores. Al igual que la mayoría de las traducciones, ellos no nos dan el significado simple y desnudo[7] de las palabras, sino que mejor dicho distorsionan las palabras para expresar algo que se acerca más a la opinión y noción que ellos tienen de la Verdad. Me parece que este acontecimiento es un buen ejemplo de lo que Agustín comenta;[8] después de decir "que sólo a los libros que se llaman canónicos atribuyo el honor de creer que al escribirlos los autores no erraron," añade "si encuentro algo en estos escritos que parece contrario a la Verdad, no vacilaré en decir una de estas tres cosas: o que el volumen es defectuoso e imperfecto, o que el traductor no ha captado lo que fue dicho, o que yo mismo no lo entiendo." Así él da por sentado que pueden haber errores en transcripción y traducción.

V. Cuando alguien me pregunta si acaso pretendo hacer las Escrituras inciertas o inútiles del todo—

Respondo: de ninguna manera. La tesis misma declara cuánto las estimo. Cuando el Espíritu de donde provienen las Escrituras se reconoce en ese primer puesto que las mismas Escrituras le atribuyen, entonces de buena gana reconozco que las Escrituras están en el segundo puesto, sin quitarles nada;[9] reconozco lo que dicen las Escrituras sobre sí mismas. El apóstol Pablo lo menciona en dos lugares: (Romanos 15:4) "Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza"; (2 Timoteo 3:15-17) "las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra."

Aunque principalmente y sobre todo, Dios nos dirige por medio de su Espíritu, también a veces nos envía su consuelo por medio de sus hijos, a quienes eleva e inspira a hablar o escribir una palabra en el momento oportuno. De esta manera los santos son hechos instrumentos en la mano del Señor para fortalecerse y alentarse los unos a los otros, cosa que también tiende a perfeccionarlos y hacerlos sabios para la salvación. Los que por el Espíritu son guiados no pueden

---

[7] Del latín *simplicam & nudam*, el inglés dice solamente *genuine*, "genuino."
[8] Epist. 19 ad Hier. Tom. ii fol. 14
[9] Esta frase se encuentra sólo en latín: *nihil detrahens de eo.*

desatender lo que procede del mismo Espíritu en otra persona, sino que lo aman naturalmente y se sienten alentados por esas palabras pronunciadas o escritas, porque esas emanaciones de la vida celestial tienden a vivificar el alma si en algún momento se agota con tristeza o fatiga.[10] Pedro mismo declara que esto fue la intención de sus escritos (2 Pedro 1:12-13): "Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación."

Dios mismo enseña a su pueblo; y nada es más explícito que esto: los que están bajo el nuevo pacto no necesitan hombre alguno para enseñarles. No obstante un fruto de la ascensión de Cristo fue el envío de maestros y pastores para perfeccionar a los santos. Por eso vemos que se le atribuye la misma obra tanto a las Escrituras como a los maestros; las Escrituras para perfeccionar al hombre de Dios, los maestros para la perfección de los santos.

A los maestros no se les permite adelantarse a la enseñanza de Dios mismo bajo el nuevo pacto, sino que han de seguir en su pos. Tampoco deben robarnos de ese gran privilegio que Dios nos compró por su sangre.[11] De igual manera la Escritura no debe ni adelantarse a la enseñanza del Espíritu, ni robarnos de esta enseñanza.

A Dios le plugo que en las Escrituras viéramos las condiciones y las esperanzas de los santos de antaño como en un espejo, para que, al ver que nuestra experiencia corresponde a la de ellos, pudiéramos recibir más consuelo y afirmación, y para que nuestra esperanza de lograr la misma meta fuera fortalecida; para que al observar la providencia que los acompañaba, al entender las trampas a las que estaban expuestos, y al ver su liberación, nosotros pudiéramos ser hechos sabios para la salvación, corregidos y instruidos en rectitud.

He aquí la gran obra de las Escrituras, y su servicio a nosotros: que podemos verlas cumplidas *en nosotros;* que podemos discernir en los santos de antaño la huella y obra del Espíritu de Dios, por medio del conocimiento que tenemos del mismo Espíritu y obra dentro de nuestros corazones. Las profecías de las Escrituras también son muy consoladoras y provechosas para nosotros, porque el mismo Espíritu nos ilumina para verlas cumplidas y todavía por cumplir. En

---

[10] Del latín *tristitia vel fatigatione* en vez del inglés *heaviness* "pesadez."

[11] La frase "ese gran privilegio que Dios nos compró por su sangre" se refiere a "la enseñanza de Dios mismo." Encontramos un eco de la idea de que ni las Escrituras ni los maestros deben robarnos esa enseñanza en el testimonio de Margaret Fell cuando por primera vez oyó la predicación de George Fox: "Y clamé en mi espíritu al Señor, 'Todos somos ladrones, todos somos ladrones; hemos tomado las Escrituras como palabras y no las conocemos para nada en nuestro adentro." Su testimonio completo de este evento se encuentra en el tratado *Uno hay, y es Jesucristo* (Asociación de Amigos de los Amigos, 2001).

todo esto se observa que sólo el hombre espiritual puede usarlas correctamente. Son capaces de perfeccionar al hombre de Dios (es decir, no al hombre natural); lo que fue escrito de antaño fue escrito para consolarnos *a nosotros*, a nosotros que somos los creyentes, a nosotros que somos los santos….

VI. Hemos demostrado el servicio y el uso de las santas Escrituras para con la iglesia de Dios, según son usados en y por el Espíritu. Por esta causa las consideramos una regla secundaria. Además, generalmente todos reconocen que fueron escritas por la dirección del Espíritu Santo, y que los errores que suponemos se han colado por el daño del tiempo no son tantos como para que no haya testimonio suficiente y claro de todo lo esencial de la fe cristiana. Por esta causa consideramos que las Escrituras son el único juez exterior de controversias entre los cristianos, y que cualquier doctrina contradictoria a su testimonio se puede rectamente rechazar como falsa. De nuestra parte, estamos muy dispuestos a que se examinen todas nuestras doctrinas y prácticas con referencia a las Escrituras. Jamás hemos rechazado, jamás rechazaremos, esta prueba y regla en toda controversia con nuestros adversarios.[12] También estamos muy dispuestos a aceptar como principio cierto y positivo, *que cualquier cosa presentada como cosa del Espíritu, que sea contraria a las Escrituras, debe ser considerada y estimada como engaño del diablo*.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity,* prop. III, sec IV, V, VI (Glenside, PA: Quaker Heritage Press, 2002), pp. 72-78; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia,* facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676), pp. 43-47

[12] Del latín: *quod nunquam ne recusvimus, ne reusabimos en omnibus cum adversariis controvesiis ese juicem & amussim*; el inglés dice lo mismo pero no tan claro.